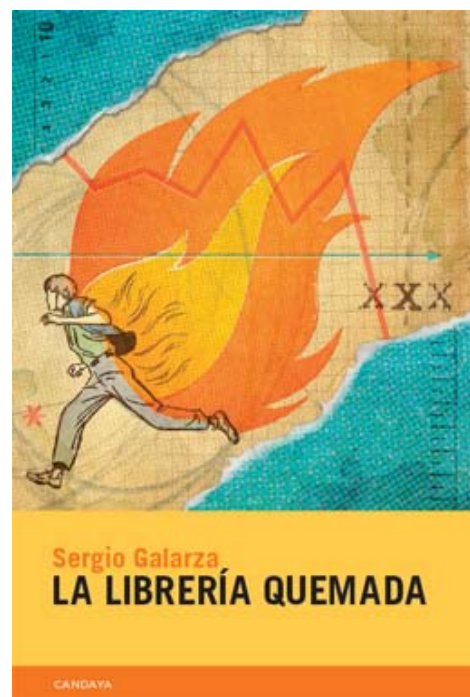


## Sergio Galarza La librería quemada

Candaya Narrativa 30  
ISBN 978-84-15934-09-7  
208 págs.; 21 x 14 cm  
PVP 16 €

**Dicen que los libros arden a 451 grados Fahrenheit, ¿pero alguien sabe a qué temperatura arde un librero?**



### La obra: *La librería quemada*

Querido lector, si alguna vez ha envidiado trabajar en una librería, si piensa que un librero posee una cultura que abarca desde los presocráticos hasta la nanotecnología y se pasa todo el día leyendo detrás de un mostrador, si es de los que huele los libros al pasar las páginas, si ha sentido la tentación de robar porque el dinero no le alcanzaba para llevarse todas las novedades, si cree que uno de los mejores sitios para ligar son las estanterías de narrativa extranjera, si lo han maltratado en una de esas grandes superficies donde cada día hay menos libros y más artículos de *merchandising*, si sospecha que una librería es un espejo de la sociedad y que la autoayuda es una de las mayores amenazas contemporáneas, usted tiene la obligación de leer esta novela.

Sergio Galarza cierra su trilogía sobre Madrid con este ácido y entrañable retrato de un grupo de libreros que mientras se esfuerzan por recomponer sus propias vidas rotas por el tedio, las claudicaciones y la desesperanza, se enfrentan diariamente a situaciones tan absurdas como tener que explicar a los clientes que los libros no se catalogan por colores y que los ascensores de la librería además de bajar, suben. Ahora deberán tratar de sobrevivir también a los despidos cada vez que bajen las ventas o a las nuevas y disparatadas políticas de mercadotecnia en un sector que vive una gran transformación y que no es ajeno a la crisis del país.

En *La librería quemada* todo arde. Dicen que los libros arden a 451 grados Fahrenheit, ¿pero alguien sabe a qué temperatura arde un librero?

## El autor: Sergio Galarza



Estudió Derecho pero nunca ejerció dicha profesión. Trabajó en una universidad, fue redactor de noticias para un canal de televisión y editor de cultura para una revista. Colabora con las revistas *Letras Libres*, *Etiqueta Negra*, *El Estado Mental* y la librería digital Kiputeca. En la actualidad es dependiente en una librería donde se permite la entrada a los perros, y jugar al fútbol es su droga.

Su primer libro de cuentos es *Matacabros* y el último *Algunas formas de decir adiós*, XI Premio de Relatos Cortes de Cádiz 2014. El reportaje *Los Rolling Stones en Perú*, coescrito con Cucho Peñaloza, fue reeditado en España por Periférica (2007).

Por su novela *Paseador de perros* (Candaya, 2009), que tuvo una excelente acogida de crítica y público, Sergio Galarza fue considerado Nuevo Talento FNAC. En 2012 publicó *JFK*, segunda parte sobre su trilogía sobre Madrid y la soledad en las ciudades contemporáneas, que ahora completa *La librería quemada*.

### De su obra anterior la crítica ha dicho:

*La soledad de los aviones* luce un tono evocativo, una búsqueda de la precisión verbal, una suerte de contención. Un relato como "Velas", por ejemplo, plasma, sin aspavientos, la descomposición y la ansiedad de la clase media limeña en la época más dura del terrorismo. (**El Comercio**, "El Dominical").

El libro de Galarza y de Peñaloza (*Los Rolling Stones en Perú*), escrito sin paja y con mucho sentido del humor, me deja tras su lectura un poso de melancolía, como la de quienes disfrutaron de una Lima que "aún no concentraba a un tercio de la población del país". Una melancolía pop más cercana a los grupos escoceses que a las canciones guitarreras de los Rolling. (**Félix Romeo**, *Letras Libres*).

Escrita en primera persona, con capítulos breves, con prosa ágil y atenta a la vida madrileña, *Paseador de perros* expone, por un lado, la situación del inmigrante y, por otro, la soledad humana. Más allá de las "coincidencias" autobiográficas que posee el libro, la historia del paseador da cuenta de la vida y la no poca desventura de los inmigrantes. (**Pedro Escribano**, *La República*).

Tras su arraigo como cuentista dentro de lo que él mismo llamó alguna vez el "realismo sucio peruano", Sergio Galarza ha sabido labrar su constancia literaria con cuatro volúmenes de cuentos y una crónica extensa a, virtualmente, puño limpio. Y su prosa pega bien. Tentando los combates de las ligas mayores, ahora nos entrega *Paseador de perros*, una novela corta, la primera en su haber, no por ello sin pegada (...) Galarza se aparta de la rutina de la mayoría de escritores peruanos en el exterior: mirar el país desde el lente de la distancia. Él, aquí, escribe sobre Madrid, donde vive, y lo hace a partir de su realidad, la de un hombre joven que busca adaptarse a España desde su oficio de paseador de perros, gatos y hasta de un mapache. Pero no se despena en la anécdota. Lo que hace Galarza es relatar

la dinámica historia de la adaptación de un migrante a través de las estampas de gentes y lugares que poco a poco van plegándose a su vida, auscultados con sinceridad y pertinencia. Para ello usa capítulos cortos y redondos, una historia central (la suya, al parecer) y las semblanzas de los demás, armónicamente. (...) La novela resulta de interés y su lectura fluye como un combate de Muhammad Alí: contundente y elegante. **(Enrique Sánchez Hernani, *El Comercio*, "El Dominical")**.

Si buena parte del éxito de una novela se decide a partir de la elección de un punto de visto original, Sergio lo ha encontrado: "Trabajo paseando perros, también cuido gatos y limpio la jaula de un mapache, ese mamífero gris plata que lleva un antifaz negro como los osos panda. He realizado toda clase de trabajos desde que iniciara este peregrinaje por la ruta incierta de los anhelos, pero nunca imaginé que me haría cargo hasta de un mapache. Al comienzo pensé que pasear perros me alejaría de la gente y sus taras".

El narrador nos descubre la cara de Madrid que los turistas no suelen visitar -todas esas ciudades en el área metropolitana de la capital española: Alcorcón, Coslada, Pozuelo- a que lo lleva su trabajo. Es duro en sus opiniones, no le caen bien los inmigrantes (y eso que él es un inmigrante), es un sufrido hincha del Atleti, pero tiene, como canta Charly García, "calambres en el alma" por su relación desencontrada con su novia, Laura Song. Está encariñado de Odo, el mapache, y sabe mucho de música: Baxter Dury, el señor Chinarro y Nick Drake se encuentran entre sus obsesiones. Y eso lo lleva a opinar cosas como esta: "estoy harto de aquellos escritores que siempre fungen de conciencias ciudadanas, acomodados a la izquierda de las ideologías. Defienden los derechos humanos y creen que por ello les está perdonado publicar sus novelas contaminadas de buenas intenciones y respuestas a los problemas del mundo... ¿Por qué no escriben sobre Nick Dake, Epic Soundtracks o Johnny Thunders?"

La novela de Sergio me transporta a mis días por Chueca y Malasaña, cuando salíamos a lugares como el Garaje Sónico, la Vía Láctea, el Tupperware, La Vaca Austera. Una noche, Sergio me habló en uno de esos bares de sus planes de escribir *JFK*, su segunda novela, basada en un personaje de Paseador de perros (el jefe del narrador). Yo la espero. **(Edmundo Paz Soldán, *El Boomerang*)**

Galarza concibe la escritura como una actividad visceral, de la misma manera que piensa que la literatura es "uno de los pocos espacios donde la vida puede ser completamente honesta"; por este motivo se le caen de las manos "esas novelas españolas con tono de vecinas en el portal". Fanático de *La soledad del corredor de fondo* y admirador de Ribeyro, Cheever o Carver, el peruano comparte ciertas inquietudes con los narradores *nocilleros* (por ejemplo la televisión y la música), pero no se siente un "innovador", y aunque sigue con placer a Manuel Vilas y Agustín Fernández Mallo, los ve -dice a propósito de la llamada *generación afterpop*- como a "esas chicas bonitas que se rodean de chicas feas para parecer más bonitas de lo que son". **(Francisco Camero, *Diario de Sevilla*)**

Sergio Galarza lleva camisetas de leñador, es hincha del Atleti por culpa de Futre, fan declarado de los Stones (suya es la crónica *Los Rolling Stones en Perú*, la respuesta latina al libro de Robert Greenfield) y promete regalarle a todo el que se lo pida la banda sonora de *Paseador de perros* (Candaya), su primera novela. A saber: los Stones, por supuesto -«una coherencia impecable en cuanto a su filosofía de destrucción»-, pero también, entre otros, Micah P. Hinson, Baxter Dury, Fleetwood Mac y el Ian Drury de Joy Division. Todo bastante clásico. «La música llena mi vida, pero también es la responsable de mis agobios», dice al tiempo que asegura que

solo se pone a escribir cuando tiene clara las canciones que desea escuchar y que le inspirarán.

A Sergio, gafas de pasta y tendencia a utilizarse a sí mismo como personaje, le gustan las novelas con sentencias que como los estribillos de las canciones «te hacen pensar». En *Paseador de perros* se repite: «Los escritores deberían pasear perros para conocer la vida más allá de la biblioteca». **(Elena Hevia, *El Periódico de Catalunya*).**

### **Un fragmento de JFK**

El viernes es el peor día de la semana. No cabe duda. Algunos dirán que son los lunes, por esa vuelta al trabajo que para muchos supone convertirse en una máquina de una planta de ensamblaje, una caja registradora o un dispensador de bebidas y comida. Pero el primer día de la semana mantiene por lo menos la alegría del reencuentro con otros autómatas que contarán sus averías éticas del sábado por la noche. Otros se manifestarán en contra de los domingos y el tedio de sus tardes, cuando la resaca los tortura o su soledad crece con la misma rapidez con la que cambian de canal en el televisor, efectos que, lo saben por experiencia propia, se pueden combatir recordando victorias sobre resacas mayores o creyendo que hay otras soledades infinitas. Pero en La Gran Librería de Gran Vía no hay antídoto contra los viernes.

Es interesante observar cómo las circunstancias modifican la fonética de las palabras. Para los empleados de aquella librería, "viernes" ha perdido la reconfortante cadencia que los hacía suspirar como si los hubieran indultado y pudieran escapar de esa cárcel de libros y clientes que a veces actúan como matones de discoteca. Viernes suena ahora con la brutalidad de una canción de *death metal*, es una advertencia del *tsunami* que un día los arrastrará hasta la orilla de ese manicomio que ya no quieren abandonar. Ha dejado de ser la misma palabra que fi gura en los carteles de la Gran Vía anunciando macrofiestas y diversión hasta el fi n de los días. Ya nadie escribe planes para los viernes en sus agendas y tampoco cuentan las horas que quedan para irse a casa. Si pudieran harían horas extras y no remuneradas a cambio de eliminar los viernes del calendario.

Antes, hace unos años, a pesar de que el horario de trabajo ya se había ampliado hasta el sábado para los dependientes a tiempo completo, el viernes aún conservaba su promesa de libertad, sin pantallas de ordenador, sin quejas por teléfono, sin clientes que no recuerdan el nombre de un libro pero exigen que se lo busquen o que preguntan en la tercera planta si el ascensor en el que han subido también baja, sin aquel chaleco azul que, en vez de servir de chaleco antirreclamaciones, los hace más vulnerables a los caprichos de cualquier jefe o extraño. Desde que empezaron los despidos en La Gran Librería, nadie se libra del miedo que invade sus cuerpos ese día apenas entran de mañana por la puerta lateral, o por la tarde, cuando cruzan la puerta de vidrio de Gran Vía que les abre Usain, el nigeriano que se gana la vida esperando la caridad del público, y lo primero que hacen, tras recibir su reverencia, es buscar la mirada de los compañeros para saber si el parte de guerra incluye nuevas bajas. Lo usual es que las cabezas permanezcan hundidas entre los hombros derrotados, como los obreros que arrastraban piedras para construir las pirámides egipcias. Esa imagen la utilizó alguien una vez en una reunión informativa del Comité Defensor, y a todos los asistentes les pareció muy certera, incluso llegaron a reírse, cuando la risa era su

forma de resistencia contra un enemigo invisible que llegó a convertirse en un mito, hasta que un mediodía vieron sus zapatos.

Aquellos zapatos blancos de tacón con un lazo dorado en la punta del empeine. ¡Cómo olvidarlos!

Labordeta, la gerente de Recursos Humanos, era un seudónimo inventado por los directivos de la empresa, uno de esos nombres ficticios que las editoriales utilizan para firmar libros infames. Cuando las ventas empezaron a caer por la pendiente de la crisis, Emiliano, el director de la tienda de Gran Vía, dijo que por fortuna La Gran Librería se encontraba a salvo, con las cuentas saneadas y un plan para conquistar el mercado de los libros electrónicos. Todos creyeron que ese comentario incluía a los trabajadores y siguieron ordenando las mesas y las estanterías cuando les apetecía, huyendo de los clientes, quitándose de encima a los más pesados, diciéndoles que el título que buscaban estaba descatalogado, tomándose descansos eternos para el desayuno o la merienda, abandonando la caja con la llave puesta, maldiciendo entre dientes si un jefe les ordenaba una tarea extra, alargando las bajas por depresión, inventándose días libres. Todos creyeron en la palabra de Emiliano, porque había sido uno de los suyos, un dependiente lento para descargar las banastas, así lo recuerda el Panceta, uno de los veteranos que trabajó con él, moviéndose por la planta con la misma torpeza que un jugador de baloncesto gigante, creando archivos de *excel* y *powerpoint* que dejaban alucinados a los jefes de las oficinas centrales y logrando, gracias a su pericia informática, ascender en dos años a la dirección de la sucursal más importante de La Gran Librería. Pero las ventas no dejaron de caer, y los culpables, como siempre, fueron los trabajadores.

La mayor sorpresa del primer despido no fue que sucediera, sino a quién le tocó marcharse. Cristo llevaba una década en la tienda y apenas rozaba los treinta años. Era delgado como una cerilla pero su cabeza nunca se encendía, aunque los clientes atacaran con preguntas desde todos los flancos. Mantenía la sonrisa adornada por sus gafas redondas a lo John Lennon y su melena se sacudía de forma leve al despedirse después de cada venta con un "muchas gracias por su visita". Cristo era solidario con sus compañeros y los ayudaba a colocar los libros de su carro si él acababa antes. Era un melómano que hubiera alcanzado la felicidad creciendo en los Estados Unidos de los setenta, comprador compulsivo de vinilos por internet y jugador de baloncesto los domingos en una liga municipal. Un viernes, cuando faltaba media hora para que terminara el turno de la mañana, le pidieron por megafonía que llamara al 100, el anexo del despacho de Emiliano. Cristo estaba colocando libros en la sección de Filosofía. Nadie sospechó nada. Cuando bajó a reunirse con Emiliano, encontró en su despacho a un miembro del Comité Defensor y a un joven de camisa a rayas que se identificó como subalterno de Olga Labordeta. Hasta ese momento ni él mismo podía imaginarse lo que iba a pasar. Cinco minutos más tarde, al abandonar el despacho, habiendo aceptado el finiquito por su despido y con la noticia volando más rápido y alto que su ídolo Magic Johnson, un compañero le preguntó si iba a demandar a la empresa.

—No me gustan los problemas.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—La verdad es que he comprado un montón de discos nuevos y no he tenido tiempo de escucharlos.

Los siguientes días algunos compañeros lo llamaron para mostrarle su apoyo y saber cómo estaba. Pero la gente lo olvidó pronto, les daba pereza marcar su número, tanta como cuando veían un libro atravesado en una estantería y sus pies

se volvían de plomo, giraban la cabeza hacia otro lado y evitaban pasar cerca de aquella estantería.